

interpretación que hace Hierro S. Pescador le parecerá la más veraz y auténtica y, por tanto, la única autorizada.

Un ilustre lector del presente libro me ha dicho que está escrito muy «desde dentro de Ortega». Yo lo he tomado como un elogio para el autor porque la única actitud responsable en un trabajo de esta naturaleza es la de seguir al pie de la idea el pensamiento biografiado, describirlo en sus cimas y en sus angustias y, en ocasiones, adivinando ese pensamiento por haber hallado la clave dialéctica que a él conduce. Este es, como insinué al principio, casi un libro «de» Ortega que ostenta dignamente la firma de Hierro S. Pescador.—
FERNANDO MALO.

NOTICIA SOBRE LOS VIAJES A LA NUEVA ESPAÑA DE THOMAS GAGE

La literatura de viajes es tan abundante como valiosa en las letras de la América hispánica. Ese copioso capítulo de las literaturas de nuestro continente se inicia con las obras de los llamados cronistas de Indias. Aquellos descubridores, conquistadores, misioneros y aventureros de toda laya y cariz dejaron los testimonios inapreciables de sus experiencias al ponerse en contacto con una realidad muy distinta a la europea que conocían. Fueron estos hombres testigos presenciales de hazañas insospechadas, de aventuras que remedaban las de los libros de caballerías, de choques de culturas como hasta entonces la humanidad no había presenciado. Algunos de ellos trataban de subrayar las virtudes de sus esfuerzos, de su valentía o de su astucia para mejor reclamar mercedes a la monarquía española; otros, por su parte, gustaban recrearse en la rememoración de sus aventuras y desventuras, sus hazañas de todo género, como auténticos protagonistas de obras de ficción. Algunos conquistadores y misioneros se asomaron con la mirada llena de acuidad a las culturas indígenas y recogieron, con mayor o menor tino, las características principales de sus creencias, ritos y supersticiones, de sus costumbres tan exóticas. Estas narraciones de sus aventuras y las descripciones de los modos de vida indígena sirvieron para llenar páginas dotadas de verdadero hechizo. Citemos nada más las muy coloridas y vivaces narraciones de Bernal Díaz del Castillo, ejemplo magnífico de estos hombres que cruzaron la mar océano y escribieron después el relato maravilloso de sus hechos extraordinarios.

Parece estar en lo cierto Luis Nicolau d'Olwer, cuando dice en el prólogo a su antología de *Crónicas de las culturas precolombinas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1963: «En general, el cronista cuenta honradamente lo que ha visto; es decir, lo que ha creído ver, que no siempre coincide con lo que realmente existe. El testigo puede ser veraz y no ser verídico su testimonio.» Como tantas veces se ha repetido, los cronistas en ocasiones exageraban o desvirtuaban sus informaciones. Pero en la mayoría de los casos intentaban ofrecer sus noticias con toda veracidad. Lo que ocurre es que muchas veces su pupila estaba influida por prejuicios europeos, y su cultura, ideas y creencias no les permitían observar ciertas facetas singulares, insólitas para ellos, de las culturas indígenas americanas. Estos prejuicios no se ha de suponer que se derivaban de los criterios religiosos europeos, sino que en buena medida eran producto de normas y proyecciones de su cultura de origen grecolatino, con los matices propios de la época renacentista.

La oleada de los cronistas de Indias que da carácter singular al siglo xvi en la América hispánica fue seguida más tarde por otra de ciertos viajeros que quisieron adoptar una nueva posición, una progresista actitud, ante las cosas de América. En el siglo xviii llegan a estas tierras de las Indias occidentales nuevos viajeros de distintas partes de Europa. Primero nos encontramos con viajeros de origen holandés o alemán; después con otros que provienen de Inglaterra o de Francia. Los viajeros franceses predominan entre ellos quizá como consecuencia de la instauración de la dinastía borbónica en España. Estos viajeros dieciochescos emprenden sus itinerarios con el deseo de conocer estos territorios con una visión estrictamente científica. Por eso abundan entre ellos los geógrafos y los naturalistas. De esta época son los viajes de Charles Marie de la Condamine, el sabio francés que escribió su *Relación de viaje a la América meridional*, como también los de Bonpland y De Jussie, botánicos franceses. Otros nombres pueden incorporarse a éstos, que venían de España, de Inglaterra, de Alemania. Fue una nueva pléyade de descubridores de América, de desentrañadores de los misterios y las maravillas del continente colombino. Con razón José de la Luz y Caballero llamó a Alejandro de Humboldt «segundo descubridor de Cuba», por los sabios informes e investigaciones que contiene su *Ensayo político*, resultado de su estancia en la isla antillana. Los datos y observaciones proporcionados por estos viajeros del siglo de las luces sirvieron más tarde a los criollos levantiscos para disponer de pruebas aprovechables en su proceso y balance de la colonización imperial española.

Entre unos y otros, entre los cronistas asombrados y vivaces del

siglo xvi, que manejaban muchos de ellos al mismo tiempo la espada y la pluma, y los viajeros científicos del siglo xviii, encuéntrase un irlandés de trashumante estampa, de fisonomía algo huidiza, que llevaba el nombre de Thomas Gage. Gage trató de acentuar en algunas de sus páginas la finalidad adoctrinadora del sacerdote, como aquellos misioneros españoles del siglo xvi, pero la misión apostólica no parece nunca en él cosa tan acendrada y esencial como la de un Las Casas o un Motolinia. Este viajero del siglo xvii gustaba anotar sus observaciones sobre las costumbres, los ritos, las creencias de los indígenas, pero en ellas observamos de inmediato un tanto la ligereza de alguien que se sabe de paso, que tiene puesto sus intereses en otras cuestiones. Si menciona las crueldades de los dominadores europeos sobre los indígenas, no lo hace con el objetivo de denunciar filantrópicamente esta situación, sino que la utiliza para atestiguar, con propósito de estrategia política, las quiebras y debilidades de la colonización española en el hemisferio americano.

Este Thomas Gage fue un sacerdote inglés, de origen irlandés, que nació, aproximadamente, hacia 1595. Era de familia católica; estudió en Francia y en España. Se conoce que por 1625 fue destinado a las Islas Filipinas, pero a medio camino quedó rezagado en México y en Centroamérica. Fue en esas tierras profesor de latín en Chiapa, y más tarde, catedrático de Filosofía en Guatemala. Anduvo Gage por diversos lugares del interior de la Nueva España, conoció la vida de pueblos indígenas, de los que ofreció noticias curiosas en el libro de viajes que le hizo famoso. Quiso retornar a Europa, no obstante la oposición de sus superiores. Logró regresar, por fin, al viejo continente. Viajó por distintos países europeos, entre ellos Italia. Cuando está de vuelta en Inglaterra reniega de su fe católica y adopta la religión protestante. Publica por entonces la relación de sus viajes por México y Centroamérica, con el título *The English American by sea and land or a new survey of the West Indias*, que apareció en Londres en 1648. Fue autor, además, de otras obras: *The Tiranny of Satan* (1642), *Ruler for the better learning of the Indian tongue called Pocanchi or Pocoman* y *A duel between a Jesuiste and a Dominican*. Thomas Gage murió en Jamaica en 1656.

Su libro de viajes por México y Centroamérica obtuvo una gran popularidad desde su primera edición inglesa. Pronto fue traducido a otros idiomas, y las ediciones en francés (de las cuales se mencionan cinco), en holandés y en alemán atestiguan que los lectores de la época disfrutaron ampliamente con los relatos entre ficticios y reales del viajero inglés. La primera edición en español apareció mucho más tarde, con el título *Nueva relación que contiene los viajes de Thomas Gage en la*

Nueva España, y fue publicada en París, por la Librería de Rosa, en 1838.

Estas narraciones de los viajes de Thomas Gage, como afirma un comentarista, son: «mezcla de mentira y de verdad, de detalles preciosistas y exactos, como de puras descripciones imaginativas, de exageraciones de minas de oro y de tesoros miliunanochescos.» La profusión de ediciones de dicha obra revela que los lectores del siglo xvii y del siglo xviii gustaban impulsar su imaginación con narraciones que los condujeran por extrañas y maravillosas tierras desconocidas llevados de la mano por Daniel de Foe o por los caminos de los sardónicos relatos no menos fantásticos de Voltaire. Como ha sido señalado ya, en la literatura de ficción del siglo xviii predomina un afán por remontarse hacia lejanos paisajes, hacia tierras exóticas, hastiados los lectores de los reglamentados pasos y las reguladas situaciones que le imponía la época del neoclasicismo.

Però no se suponga que aquel sacerdote inglés escribió el relato de sus viajes de un modo gratuito o desinteresado. Porque la dedicación de aquella primera edición inglesa de 1648 nos permite conocer algo los objetivos de su labor americanista. La edición está dedicada a «El capitán de los ejércitos del Parlamento», es decir, a Oliverio Cromwell. Pocos años después de la publicación de su libro, Gage recibía el encargo de Cromwell, en 1654, de ofrecer una información fehaciente destinada a una operación bélica contra las colonias españolas en América. De ese modo, Gage aparecía como un experto en cuestiones americanas. No le faltaban a los ingleses deseos de penetrar y ocupar los territorios americanos que, según el testimonio de su obra principal, eran propicios a la conquista, dada la debilidad y declinación que decía haber observado en las defensas españolas.

Como resultado de sus informaciones se preparó, en 1654, una expedición comandada por el general Venables, que partió de Portsmouth en dirección a las costas de las Antillas y de la América Central, que Gage había conocido directamente en sus viajes. En dicha expedición participó el propio Gage como capellán. Si es verdad que esta expedición no logró sus propósitos y fue derrotada frente a la isla de Santo Domingo, pudo conquistar para el creciente poderío inglés la isla de Jamaica, que se convertiría en un pontón británico en el Mar Caribe para futuras expediciones y afanes de conquista.

Podemos conocer ciertos rasgos de Thomas Gage que se desprenden de la lectura de su propia obra. Recuérdese, para mejor aprender las sinuosidades de su carácter, que este hombre pertenecía a una familia de convicciones católicas; que tanto él como los cuatro hermanos que tenía debían realizar todos los esfuerzos para que su tierra natal vol-

viera al redil de la fe católica. Sus estudios en colegios de jesuitas en Francia y en España estaban destinados a esa finalidad; pero, sin embargo, Gage abandonó a los jesuitas y prefirió entrar en la orden de los dominicos. Debe recordarse el dato que cuando en 1637 retornó a Inglaterra, después de haber estado doce años en México y Guatemala como dominico, encuentra que sus padres (que habían sido condenados por esconder a misioneros católicos y fueron perdonados cuando iban camino al patíbulo) lo desheredaron por haberse apartado de sus protectores jesuitas. Tras esta situación, Gage pidió ayuda a sus hermanos, emprendió viajes por Europa, volvió a Inglaterra y entonces renegó del catolicismo y abrazó el protestantismo. En 1642, después de haber pasado por una serie de pruebas, para confirmar su absoluta abjuración y su identificación con la fe luterana, se le permite ofrecer su sermón de retractación en la famosa catedral londinense de San Pablo.

No nos podemos llevar fácilmente por este monje tan cambiadizo en sus opiniones. Su libro ha de leerse con cierto recelo. Podemos sospechar fácilmente que algunas de sus aventuras entre los indios de Guatemala brotan, con cierta gracia de invención, de su propia imaginación. Sección muy interesante de su libro es aquella donde describe la grandeza y hermosura de la ciudad de Guatemala, la organización de su gobierno, datos geográficos y políticos que sirven de introducción a la narración de sus recorridos por el interior del país.

Según vamos leyendo sus páginas, advertimos que Gage no ponía mucha obstinación cuando trataba de llevar la fe de Cristo a los indígenas guatemaltecos. En cierta ocasión penetra en territorio de indios hostiles, y, ante las penalidades sufridas, resuelve «abandonar todos estos descubrimientos de infieles, y esta clase de empresas difíciles, donde mi vida y mi salud corrían mucho riesgo, sin otra utilidad que un poco de crédito y vanagloria en este país» (capítulo XIX). Y, sin más, se retira: no se han hecho para él los sacrificios, las vicisitudes, que tanto abundan en los relatos de los misioneros españoles del siglo XVI. Pero, eso sí, Gage aprende alguna lengua indígena, de la cual publicaría más tarde una gramática. Ofreció también en su obra datos sobre la situación eclesiástica en Guatemala y opiniones no muy positivas sobre el comportamiento de los clérigos por aquellos lugares.

La relación de los viajes de Thomas Gage por México y Centroamérica constituye un buen panorama de la vida en estos territorios en el siglo XVII. A pesar de ciertos datos y apreciaciones, que podemos considerar poco veraces, la obra posee gran amenidad, entrega la visión de un viajero europeo en contacto directo con gentes y costumbres que debían ser particularmente exóticas y llamativas a los lectores europeos de su centuria. En la actualidad, este libro de viajes viene

a resultar un enlace entre las crónicas de los conquistadores y misioneros del siglo xvi con los viajeros científicos del siglo xviii. Por eso debemos volver, siempre con cuidado y discreción, a aquellas páginas de Thomas Gage, que lo convirtieron, con mayor o menor fortuna, en un experto en cuestiones de la América hispánica.—SALVADOR BUENO.

SLAWOMIR MROZEK

Un nombre nuevo atrae hoy la atención de los escenarios, espectadores y críticos europeos: Slawomir Mrozek. ¿Quién es Mrozek? ¿De qué nos habla? ¿Qué clase de teatro escribe, y por qué éste provoca reacciones fuertemente polémicas y contradictorias?

Mrozek no es desconocido en España. Se ha publicado algún libro de narraciones suyo, y un grupo experimental—joven y dinámico—ha estrenado dos piezas en un acto, *Strip-tease* y *En alta mar* (1). Tengo la impresión, por otra parte, de que la producción dramática de este autor irá siendo cada vez más divulgada entre nosotros. Vale la pena. Con independencia de posibles discrepancias, su teatro plantea problemas del máximo interés, y muy diversos: políticos, filosóficos, estéticos... Y este teatro no sólo importa por sí mismo, sino, igualmente, por su relación con la escena europea de hoy, y por el momento y el lugar en que surge. Para tener clara idea de ello, bastará con retener algunos datos. En primer término, Mrozek es un seguidor de la estética de vanguardia (Beckett, Ionesco, Genet...), del mismo modo que otros jóvenes autores de distinta nacionalidad—por ejemplo, Arrabal, Albee, Pinter—. En segundo término, y a diferencia de estos últimos, Mrozek no proviene de un país occidental. Aunque reside en Italia desde hace unos años, Mrozek es polaco (2) y su obra se halla en íntima conexión con las nuevas tendencias del teatro en Polonia.

(1) Interpretación, escenografía, montaje y dirección de *Los Goliardos*. Fecha de estreno: 18 de mayo de 1967. Teatro Beatriz de Madrid, Nacional de Cámara y Ensayo. En la presente temporada 67-68, se han ofrecido, en dicho teatro, representaciones regulares y sucesivas de este espectáculo.

(2) Unos datos sobre Mrozek. Nace en Cracovia, en 1929. Ha sido periodista y dibujante. En 1958 publica un volumen de narraciones satíricas, titulado *El elefante*, y de ese mismo año es su primera obra teatral, *La policía*. Ha escrito numerosas piezas en un acto, como *Karol*, *Strip-tease*, *En alta mar*, etc. *Tango* data de 1965, y ha sido estrenada en Polonia bajo la dirección de Erwin Axer. En Londres ha sido estrenada por la Royal Shakespeare Company, y en París, en el Théâtre de Lutèce, bajo la dirección de Lauren Terzieff, durante la temporada 66-67. En Italia, el estreno ha tenido lugar en Génova, por el Teatro Estable de dicha ciudad, bajo la dirección de Luigi Squarzina, en octubre de 1967. A la producción dramática de Mrozek hay que añadir otros títulos, como *El martirio de Peter O'Hey* (1959), *El pavo* (1961), etc.